

FINALISTA

Aún recuerdo

CARMEN CHARLO DE PAUL

-Antonio, es curioso, todavía me acuerdo de las largas pero fugaces tardes que pasábamos juntos sentados en el banco de nuestro parque. Allí donde nuestras confidencias pasaron de ser un simple intercambio de canicas y cromos a darnos con manos temblorosas poemas de amor.

Aún recuerdo el parque, nuestro parque, todo nuestro mundo por aquellos entonces cuando las únicas fronteras eran los setos que delimitaban las calles entre nuestras casas; lo mismo volvíamos cubiertos de polvo por haber estado tirados en el suelo haciendo con las manos el más maravilloso circuito de carreras para nuestras veloces chapas, que el polvo se convertía en barro cuando nos cobijábamos bajo la cabaña de arbustos al ponerse a llover.

¿Recuerdas el día en que decidiste venir a rondarme a la ventana de mi dormitorio? Tan joven, tan guapo, con el flequillo repeinado con brillantina, y tu inconfundible guitarra española, que sería testigo de todos los momentos importantes de nuestra vida. ¿Te acuerdas? – yo lo recuerdo como si fuese ayer, pero esto ya te lo he contado antes ¿no?

-Sólo un par de veces María, pero me encanta escucharlo. Recordarlo de tus labios es para mí un bálsamo.

-Son curiosas las cosas que consigo recordar. El verano era un deleite, toda la prole chiquitilla bajando al coche en pijama con la legaña puesta en el ojo. Todos menos nuestra Mariquilla, claro, que aún no levantaba tres cuartas del suelo y teníamos que llevarla en brazos y colocarla entre los dos mayores para que se acurrucase sin llegar a despertar. Ese Seat 131 familiar azul marino que reconvertíamos en dormitorio con todo el maletero lleno de colchones donde los ocho pequeñajos, de todos los tamaños, se acoplaban unos con otros y conseguían ir durmiendo más de la mitad del camino. Es que claro, eran muchas horas y al salir el sol se ponían a cantar como jilgueros hasta que podíamos parar a desayunar. Después con las panzas llenas, el coche se llenaba de vida y todo era una fiesta de juegos y canciones cada cual más disparatada. Teníamos que desgañitarnos si queríamos ir todos al unísono, porque con las ventanillas bajadas era difícil hacernos oír. Qué tiempos aquellos Antonio en los que podíamos ir 10 en un coche sin cinturones, sin aire acondicionado, sin dirección asistida, y durmiendo en el maletero, el cassette a toda pastilla con el dúo dinámico y mientras rebobinando la cinta de Carlos Cano con el boli Bic para poder escuchar la cara B. Era maravilloso.

-María, tú si que eres maravillosa. Siempre has dado todo de ti, quizás tanto que al final fue demasiado, ¿no crees?

-¿y los teléfonos? Jajajajaja. Eso si que era un conflicto cuando todas querían hablar con el maromo de turno y no había forma de hacerles colgar. Menos mal que teníamos ingenio. Candado al canto sobre la rueda de los números y la hucha al lado para que fuese como una cabina telefónica, 25 pesetas los 10 primeros minutos, 5 pesetas más por cada 2 minutos extras hasta un máximo de 16 minutos. El siguiente en el turno de llamada era el encargado de verificar los pagos y los tiempos, y alcanzado el tiempo máximo se colgaba sin miramientos llegados al undécimo: “cuelga tú..., no tonto, cuelga tú...”- ¡y zas! Ya te había colgado cualquiera con un: -¡pues ale, ya he colgado yo”.

-María, María, ¿María, que te pasa? Sigue contándome que más recuerdas.

- ¿Quiénes son las personas de las fotos? Antonio ¿cuándo las has cambiado?

- María, son nuestros hijos y nietos. ¿Te acuerdas de Periquillo? Es el del jersey azul.

- ¡Sí hombre, más quisieras tú haber tenido hijos conmigo! ¡Nuestros, dice! No me hagas reír. Eso habrá ocurrido en tus sueños. Bueno, o en los míos.
Menos mal que hay veces que aún recuerdo.